

CAPÍTULO LXIII.

De lo mal que le avino á Sancho Panza con la visita de las galeras, y la nueva aventura de la hermosa Morisca.

GRANDES eran los discursos que Don Quixote hacia sobre la respuesta de la encantada cabeza, sin que ninguno dellos diese en el embuste, y todos paraban con la promesa, que él tuvo por cierta, del desencanto de Dulcinea. Allí iba y venia, y se alegraba entre sí mismo, creyendo que habia de ver presto su cumplimiento; y Sancho, aunque aborrecia el ser Gobernador, como queda dicho, todavía deseaba volver á mandar y á ser obedecido: que esta mala ventura trae consigo el mando, aunque sea de burlas. En resolucion, aquella tarde Don Antonio Moreno su huésped y sus dos amigos, con Don Quixote y Sancho fuéron á las galeras. El Quatralvo que

estaba avisado de su buena venida, por ver á los dos tan famosos Quixote y Sancho, apenas llegaron á la marina, quando todas las galeras abatiéron tienda y sonáron las chirimías: arrojáron luego el esquife al agua, cubierto de ricos tapetes y de almohadas de terciopelo carmesí, y en poniendo que puso los pies en él Don Quixote, disparó la Capitana el cañon de cruxía, y las otras galeras hiciéron lo mesmo, y al subir Don Quixote por la escala derecha, toda la chusma le saludó, como es usanza, quando una persona principal entra en la galera, diciendo: hu, hu, hu, tres veces. Dióle la mano el General, que con este nombre le llamarémos, que era un principal caballero Valenciano (1): abrazó á Don Quixote, diciéndole: este dia señalaré yo con piedra

(1) Este general Quatralvo, ó Xefe de quatro galeras, era Don Luis Coloma, conde de Elda, aunque otros le llaman Don Francisco. Este caballero fue uno de los encargados de la expulsion de los Moriscos, habiéndose juntado con sus galeras, que se llamaban la esquadra de Portugal, con Don Pedro de Toledo, general de las de España, como dice Gaspar de Escolano: (tom. 11, pag. 1840. La esquadra del conde de Elda se hallaba á la sazón en Barcelona, quando llegó á ella Don Quixote, que fue el año de 1614, finalizada la expulsion.

blanca, por ser uno de los mejores que pienso llevar en mi vida, habiendo visto al señor Don Quixote de la Mancha: tiempo y señal que nos muestra, que en él se encierra y cifra todo el valor de la andante caballería. Con otras no ménos cortesés razones le respondió Don Quixote, alegre sobremanera de verse tratar tan á lo Señor. Entraron todos en la popa, que estaba muy bien aderezada, y sentáronse por los bandines: pasóse el Cómitre en cruzía, y dió señal con el pito que la chusma hiciese fueraropa, que se hizo en un instante. Sancho, que vió tanta gente en cueros, quedó pasmado, y mas quando vió hacer tienda con tanta priesa, que á él le pareció que todos los diablos andaban allí trabajando; pero esto todo fuéron tortas y pan pintado para lo que ahora diré. Estaba Sancho sentado sobre el estanterol junto al espalder (c) de la mano derecha, el qual ya avisado de lo que había de hacer, asió de Sancho, y levantándole en los brazos, toda la chusma puesta en pie y alerta, comenzando de la derecha banda, le fué dando y volteando sobre los brazos de la chusma de banco en banco, con tanta priesa, que el pobre Sancho perdió la vista

de los ojos, y sin duda pensó que los mismos demonios le llevaban, y no pararon con él, hasta volverle por la siniestra banda y ponerle en la popa. Quedó el pobre molido y jadeando y trasudando, sin poder imaginar que fué lo que sucedido le había. Don Quixote que vió el vuelo sin alas de Sancho, preguntó al General, si eran ceremonias aquellas que se usaban con los primeros que entraban en las galeras, porque si acaso lo fuese, él, que no tenía intencion de profesar en ellas, no quería hacer semejantes ejercicios, y que votaba á Dios, que si alguno llegaba á asirle para voltearle, que le había de sacar el alma á puntillazos: y diciendo esto, se levantó en pie y empuñó la espada. Á este instante abatiéron tienda, y con grandísimo ruido dexáron caer la entena de alto abaxo. Pensó Sancho que el cielo se desencaxaba de sus quicios y venia á dar sobre su cabeza, y agoviándola lleno de miedo, la puso entre las piernas. No las tuvo todas consigo Don Quixote, que tambien se estremeció, y encogió de hombros, y perdió la color del rostro. La chusma izó la entena con la mesma priesa y ruido que la habían amaynado, y todo esto callando, como si

no tuvieran voz ni aliento. Hizo señal el Cómitre que zarpasen el ferro, y saltando en mitad de la cruxía con el corvacho ó rebenque, comenzó á mosquear las espaldas de la chusma, y á alargarse poco á poco á la mar. Quando Sancho vió á una moverse tantos pies colorados (que tales pensó él que eran los remos) dixo entre sí: estas sí son verdaderamente cosas encantadas, y no las que mi amo dice. ¿Que han hecho estos desdichados, que así los azotan? ¿y como este hombre solo, que anda por aquí silbando, tiene atrevimiento para azotar á tanta gente? Ahora yo digo que este es infierno, ó por lo ménos el purgatorio. Don Quixote que vió la atencion con que Sancho miraba lo que pasaba, le dixo: ¡ah, Sancho amigo, y con que brevedad, y quan á poca costa os podíades vos, si quisiédes, desnudar de medio cuerpo arriba, y poneros entre estos señores, y acabar con el desencanto de Dulcinea! pues con la miseria y pena de tantos no sentiríades vos mucho la vuestra: y mas, que podria ser que el sabio Merlin tomase en cuenta cada azote destes, por ser dados de buena mano, por diez de los que vos finalmente os habeis de dar. Preguntar

guntar queria el General que azotes eran aquellos, ó que desencanto de Dulcinea, quando dixo el marinero: señal hace Monjuich de que hay baxel de remos en la costa por la banda del poniente. Esto oido, saltó el General en la cruxía, y dixo: ea, hijos, no se nos vaya: algun bergantín de cosarios de Argel debe de ser este que la atalaya nos señala. Llegáronse luego las otras tres galeras á la Capitana, á saber lo que se les ordenaba. Mandó el General que las dos saliesen á la mar, y él con la otra iria tierra á tierra, porque así el baxel no se les escaparia. Apretó la chusma los remos, impeliendo las galeras con tanta furia, que parecia que volaban. Las que salieron á la mar, á obra de dos millas descubrieron un baxel, que con la vista le marcáron por de hasta catorce ó quince bancos, y así era la verdad, el qual baxel, quando descubrió las galeras, se puso en caza, con intencion y esperanza de escaparse por su ligereza; pero avínole mal, porque la galera Capitana era de los mas ligeros baxeles que en la mar navegaban, y así le fué entrando, que claramente los del bergantín conocieron que no podian escaparse; y así el Arráez quisiera que

dexaran los remos y se entregaran, por no irritar á enojo al Capitan que nuestras galeras regia; pero la suerte, que de otra manera lo guiaba, ordenó que ya que la Capitana llegaba tan cerca, que podian los del baxel oír las voces que desde ella les decian, que se rindiesen, dos Torquis, que es como decir, dos Turcos borrachos, que en el bergantin venian con otros doce, dispararon dos escopetas, con que diéron muerte á dos soldados que sobre nuestras arrumbadas venian. Viendo lo qual, juró el General de no dexar con vida á todos quantos en el baxel tomase, y llegando á embestir con toda furia, se le escapó por debaxo de la palamenta. Pasó la galera adelante un buen trecho: los del baxel se viéron perdidos: hicieron vela en tanto que la galera volvía, y de nuevo á vela y á remo se pusieron en caza; pero no les aprovechó su diligencia, tanto como les daño su atrevimiento, porque alcanzándoles la Capitana á poco mas de media milla, les echó la palamenta encima, y los cogió vivos á todos. Llegaron en esto las otras dos galeras, y todas quatro con la presa volviéron á la playa, donde infinita gente los estaba esperando, deseosos de

ver lo que traian. Dió fondo el General cerca de tierra, y conoció que estaba en la marina el Virey de la ciudad (1). Mandó echar el esquife para traerle, y mandó amaynar la antena, para ahorcar luego

(1) Era lo Don Francisco Hurtado de Mendoza, marques de Almazan, soldado de gran valor, á quien alaba de eloquente y de poeta Cristobal de Mesa, en una carta donde dice:

*Ingenio digno de inmortal corona,
Que vais de Cataluña al Principado
Por Virey de la rica Barcelona.*

(Rimas: *Patron de España*: pag. 162.)

Con efecto el año de 1612 ya estaba en Barcelona este Virey, pues dice Felu en sus *Anales* que hubo en ella una competencia por no haber dado asiento á la *Vireyna*, duquesa (debe decir marquesa) de Almazan. En la *Relacion de las Fiestas* celebradas á la beatificacion de Santa Teresa, en la misma ciudad, el año de 1614 (en cuyo tiempo se hallaba en ella, como se ha dicho, Don Quixote), hay una redondilla que dio el Marques para que se glosase, la qual con alusion á la festividad del Corpus dice así:

*Con el amor que nos tiene
Hace Dios franca su mesa,
Y por convidada viene
Oy nuestra madre Teresa.*

(fol. 5, b.) Y en el fol. 17, b. se lee una misa, compuesta en latin por el mismo Virey, en honor de la Santa, para quando se lo dixese propia, y no del comun. De modo que lo poeta y lo valiente no solian quitar entonces lo devoto en algunos: ciencia, que ahora se ha desusado en otros.

luego al Arráez y á los demas Turcos que en el baxel habia cogido, que serian hasta treinta y seis personas, todos gallardos, y los mas escopeteros Turcos. Preguntó el General, quien era el Arráez del bergantín, y fuéle respondido por uno de los cautivos en lengua castellana (que despues pareció ser renegado Español), este mancebo, señor, que aquí ves, es nuestro Arráez, y mostróle uno de los mas bellos y gallardos mozos que pudiera pintar la humana imaginacion. La edad, al parecer, no llegaba á veinte años. Preguntóle el General: dime, mal aconsejado perro, ¿quien te movió á matarme mis soldados, pues veias ser imposible el escaparte? ¿Este respeto se guarda á las Capitanas? ¿No sabes tú que no es valentía la temeridad? Las esperanzas dudosas han de hacer á los hombres atrevidos, pero no temerarios. Responder queria el Arráez, pero no pudo el General por entónces oír la respuesta, por acudir á recibir al Virey que ya entraba en la galera, con el qual entraron algunos de sus criados y algunas personas del pueblo. Buena ha estado la caza, señor General, dixo el Virey. Y tan buena, respondió el General, qual la verá

Vuestra Excelencia agora colgada de esta entena. ¿Como así? replicó el Virey. Porque me han muerto, respondió el General, contra toda ley y contra toda razon y usanza de guerra, dos soldados de los mejores que en estas galeras venian, y yo he jurado de ahorcar á quantos he cautivado, principalmente á este mozo que es el Arráez del bergantín, y enseñóle al que ya tenia atadas las manos y echado el cordel á la garganta, esperando la muerte. Miróle el Virey, y viéndole tan hermoso y tan gallardo y tan humilde, dándole en aquel instante una carta de recomendacion su hermosura, le vino deseo de excusar su muerte, y así le preguntó: dime, Arráez, ¿eres Turco de nacion, ó Moro, ó renegado? A lo qual el mozo respondió en lengua asimesmo castellana: ni soy Turco de nacion, ni Moro, ni renegado. ¿Pues que eres? replicó el Virey. Muger christiana, respondió el mancebo. ¿Muger christiana, y en tal trage, y en tales pasos? mas es cosa para admirarla que para creerla. Suspended, dixo el mozo, ó señores, la execucion de mi muerte, que no se perderá mucho en que se dilate vuestra venganza en tanto que yo os cuente mi vida. ¿Quien

fuera el de corazon tan duro, que con estas razones no se ablandara, ó á lo ménos (n) hasta oír las que el triste y lastimado mancebo decir quería? El General le dixo, que dixese lo que quisiese; pero que no esperase alcanzar perdon de su conocida culpa. Con esta licencia el mozo comenzó á decir desta manera: de aquella nacion mas desdichada que prudente, sobre quien ha llovido estos dias un mar de desgracias, nací yo de Moriscos padres engendrada. En la corriente de su desventura fuí yo por dos tios míos llevada á Berbería, sin que me aprovechase decir que era christiana, como en efecto lo soy, y no de las fingidas ni aparentes, sino de las verdaderas y católicas. No me valió con los que tenían á cargo nuestro miserable destierro decir esta verdad, ni mis tios quisieron creerla, ántes la tuvieron por mentira y por invencion, para quedarme en la tierra donde habia nacido, y así por fuerza mas que por grado me truxeron consigo. Tuve una madre christiana y un padre discreto y christiano, ni mas ni ménos: mamé la fe católica en la leche, criéme con buenas costumbres: ni en la lengua, ni en ellas jamas, á mi parecer, dí señales

de ser Morisca. Al par y al paso destas virtudes, que yo creo que lo son, creció mi hermosura, si es que tengo alguna, y aunque mi recato y mi encerramiento fué mucho, no debió de ser tanto, que no tuviese lugar de verme un mancebo caballero, llamado Don Gaspar Gregorio (1), hijo mayorazgo de un caballero que junto á nuestro Lugar otro suyo tiene. Como me vió, como nos hablamos, como se vió perdido por mí, y como yo no muy ganada por él, seria largo de contar, y mas en tiempo que estoy temiendo, que entre la lengua y la garganta se ha de atravesar el riguroso cordel que me amenaza, y así solo diré como en nuestro destierro quiso acompañarme Don Gregorio. Mezclóse con los Moriscos que de otros Lugares salieron, porque sabia muy bien la lengua, y en el viage se hizo amigo de dos tios míos que consigo me traian, porque mi padre prudente y prevenido, así como oyó el primer bando de nuestro destierro se salió del Lugar, y se fué á buscar alguno en los Reynos extraños, que nos

(1) Al fin del cap. LIV se llama *Doñ Pedro* este mancebo.

acogiese. Dexó encerradas y enterradas en una parte, de quien yo sola tengo noticia, muchas perlas y piedras de gran valor, con algunos dineros en cruzados y doblones de oro. Mandóme que no tocase al tesoro que dexaba en ninguna manera, si acaso ántes que él volviese nos desterraban. Hicelo así, y con mis tios, como tengo dicho, y otros parientes y allegados pasamos á Berbería, y el Lugar donde hicimos asiento, fué en Argel, como si le hiciéramos en el mesmo infierno. Tuvo noticia el Rey de mi hermosura, y la fama se la dió de mis riquezas, que en parte fué ventura mia. Llamóme ante sí, preguntóme de que parte de España era, y que dineros y que joyas traia. Dixele el Lugar, y que las joyas y dineros quedaban en él enterrados, pero que con facilidad se podrian cobrar, si yo misma volviese por ellos. Todo esto le dixé temerosa de que no le cegase mi hermosura, sino su codicia. Estando conmigo en estas pláticas, le llegaron á decir, como venia conmigo uno de los mas gallardos y hermosos mancebos que se podia imaginar. Luego entendí, que lo decian por Don Gaspar Gregorio, cuya belleza se dexa atras las mayores que encarecerse

pueden. Turbéme, considerando el peligro que Don Gregorio corria, porque entre aquellos bárbaros Turcos, en masse tiene y estima un mochacho ó mancebo hermoso, que una muger, por bellissima que sea. Mandó luego el Rey, que se le truxesen allí delante para verle, y preguntóme, si era verdad lo que de aquel mozo le decian. Entónces yo, casi como prevenida del cielo, le dixé que sí era; pero que le hacia saber, que no era varon, sino muger como yo, y que le suplicaba me la dexase ir á vestir en su natural trage, para que de todo en todo mostrase su belleza, y con ménos empacho pareciese ante su presencia. Díxome que fuese en buena hora, y que otro dia hablaríamos en el modo que se podia tener, para que yo volviese á España á sacar el escondido tesoro. Hablé con Don Gaspar, contéle el peligro que corria el mostrar ser hombre: vestíle de Mora, y aquella mesma tarde le truxe á la presencia del Rey, el qual en viéndole, quedó admirado y hizo designio de guardarla, para hacer presente della al Gran Señor; y por huir del peligro que en el serrallo de sus mugeres podia tener y temer de sí mesmo, la mandó poner en

casa de unas principales Moras que la guardasen y la sirviesen, adonde le llevarón luego. Lo que los dos sentimos (que no puedo negar que le quiero) se dexé á la consideracion de los que se apartan, si bien se quieren. Dió luego traza el Rey de que yo volviese á España en este bergantin, y que me acompañasen dos Turcos de nacion, que fuéron los que matáron vuestros soldados. Vino tambien conmigo este renegado Español, señalando al que habia hablado primero, del qual sé yo bien que es christiano encubierto, y que viene con mas deseo de quedarse en España, que de volver á Berbería: la demas chusma del bergantin son Moros y Turcos, que no sirven de mas, que de bogar al remo. Los dos Turcos codiciosos é insolentes, sin guardar el orden que traíamos, de que á mí y á este renegado, en la primer parte de España, en hábito de christianos, de que venimos proveidos, nos echasen en tierra, primero quisieron barrer esta costa, y hacer alguna presa si pudiesen, temiendo que si primero nos echaban en tierra, por algun accidente que á los dos nos sucediese, podríamos descubrir que quedaba el bergantin en la mar, y si acaso hubiese

galeras por esta costa los tomasen. Anoche descubrimos esta playa, y sin tener noticia destas quatro galeras fuimos descubiertos, y nos ha sucedido lo que habeis visto. En resolucion, Don Gregorio queda en hábito de muger entre mugeres, con manifiesto peligro de perderse, y yo me veo atadas las manos, esperando, ó por mejor decir, temiendo perder la vida que ya me cansa. Este es, señores, el fin de mi lamentable historia, tan verdadera como desdichada: lo que os ruego es, que me dexeis morir como christiana, pues, como ya he dicho, en ninguna cosa he sido culpante de la culpa en que los de mi nacion han caido: y luego calló, preñados los ojos de tiernas lágrimas, á quien acompañaron muchos de los que presentes estaban. El Virey, tierno y compasivo, sin hablarle palabra se llegó á ella, y le quitó con sus manos el cordel que las hermosas de la Mora ligaba. En tanto pues que la Morisca christiana su peregrina historia trataba, tuvo clavados los ojos en ella un anciano peregrino, que entró en la galera quando entró el Virey, y apenas dió fin á su plática la Morisca, quando él se arrojó á sus pies, y abrazado dellos, con inter-

rumpidas palabras de mil sollozos y suspiros, le dixo: ó Ana Félix, desdichada hija mia, yo soy tu padre Ricote, que volvia á buscarte, por no poder vivir sin ti, que eres mi alma. Á cuyas palabras abrió los ojos Sancho, y alzó la cabeza, que inclinada tenia pensando en la desgracia de su paseo, y mirando al peregrino conoció ser el mismo Ricote que topó el día que salió de su Gobierno, y confirmóse que aquella era su hija, la qual ya desatada abrazó á su padre, mezclando sus lágrimas con las suyas: el qual dixo al General y al Virey: esta, señores, es mi hija, mas desdichada en sus sucesos que en su nombre. Ana Félix se llama, con el sobrenombre de Ricote, famosa tanto por su hermosura, como por mi riqueza: yo salí de mi patria á buscar en Reynos extraños quien nos albergase y recogiese, y habiéndolo hallado en Alemania, volví en este hábito de peregrino, en compañía de otros Alemanes á buscar mi hija, y á desenterrar muchas riquezas que dexé escondidas. No hallé á mi hija, hallé el tesoro que conmigo traigo, y agora, por el extraño rodeo que habeis visto, he hallado el tesoro que mas me enriquece, que es á mi querida hija:

si nuestra poca culpa y sus lágrimas y las mias por la integridad de vuestra justicia pueden abrir puertas á la misericordia, usadla con nosotros, que jamas tuvimos pensamiento de ofenderos, ni convenimos en ningún modo con la intencion de los nuestros, que justamente han sido desterrados. Entónces dixo Sancho: bien conozco á Ricote, y sé que es verdad lo que dice en quanto á ser Ana Félix su hija, que en esotras zarandajas de ir y venir, tener buena ó mala intencion, no me entremeto. Admirados del extraño caso todos los presentes, el General dixo: una por una vuestras lágrimas no me dexarán cumplir mi juramento: vivid, hermosa Ana Félix, los años de vida que os tiene determinado el cielo, y lleven la pena de su culpa los insolentes y atrevidos que la cometieron; y mandó luego ahorcar de la entena á los dos Turcos, que á sus dos soldados habian muerto; pero el Virey le pidió encarecidamente no los ahorcase, pues mas locura que valentía habia sido la suya. Hizo el General lo que el Virey le pedía, porque no se executan bien las venganzas á sangre helada. Procuráron luego dar traza de sacar á Don Gaspar

Gregorio del peligro en que quedaba. Ofreció Ricote para ello mas de dos mil ducados, que en perlas y en joyas tenia. Diéronse muchos medios, pero ninguno fué tal como el que dió el renegado Español, que se ha dicho, el qual se ofreció de volver á Argel en algun barco pequeño, de hasta seis bancos, armado de remeros christianos, porque él sabia donde, como y quando podía y debia desembarcar; y asimesmo no ignoraba la casa donde Don Gaspar quedaba. Dudaron el General y el Virey el fiarse del renegado, ni confiar dél los christianos que habian de bogar el remo. Fióle Ana Félix, y Ricote su padre dixo, que salia á dar el rescate de los christianos, si acaso se perdiesen. Firmados pues en este parecer, se desembarcó el Virey, y Don Antonio Moreno se llevó consigo á la Morisca y á su padre, encargándole el Virey que los regalase y acariciase quanto le fuese posible, que de su parte le ofrecia lo que en su casa hubiese para su regalo. Tanta fué la benevolencia y caridad que la hermosura de Ana Félix infundió en su pecho.

CAPÍTULO LXIV.

Que trata de la aventura que mas pesadumbre dió á Don Quixote de quantas hasta entónces le habian sucedido.

LA muger de Don Antonio Moreno, cuenta la historia, que recibió grandísimo contento de ver á Ana Félix en su casa. Recibióla con mucho agrado, así enamorada de su belleza, como de su discrecion, porque en lo uno y en lo otro era extremada la Morisca, y toda la gente de la ciudad, como á campana tañida, venian á verla. Dixo Don Quixote á Don Antonio, que el parecer que habian tomado en la libertad de Don Gregorio no era bueno, porque tenia mas de peligroso que de conveniente, y que seria mejor que le pusiesen á él en Berbería con sus armas y caballo, que él le sacaria á pesar de toda